

San Jorge y el dragón

San Jorge y el dragón de Montblanc

Hace mucho tiempo, en un pueblo pequeño a los pies de una montaña, llamado Montblanc, vivía gente trabajadora y alegre. Sus campos estaban llenos de rosales y las calles resonaban con los cantos de los pájaros. Pero algo ensombrecía la felicidad del pueblo: un dragón enorme que vivía en una cueva oscura en las afueras.

El dragón tenía escamas negras como la noche, ojos que brillaban como fuego y una cola larga y puntiaguda. Cada día salía de su cueva y se comía todo lo que encontraba: las ovejas de los pastores, los frutos de los árboles e incluso los animales de los campos. Los aldeanos, desesperados, se reunieron en la plaza mayor.

—¡No podemos vivir así! —dijo un campesino con voz temblorosa.

—¡Hay que hacer algo! —añadió una mujer mientras abrazaba a su hijo pequeño.

El rey, un hombre sabio y bueno, tuvo una idea triste, pero necesaria:

—Cada día, le daremos un animal para que el dragón no nos ataque.»

Así lo hicieron. Pero un día, no quedó ningún animal para darle. El corazón del rey se llenó de tristeza cuando se dio cuenta de que ahora deberían entregar… una persona.

Se hizo un sorteo justo, y el papel con el nombre le salió a la princesa Elisenda, la hija del rey. La princesa, aunque tenía miedo, era valiente y no quería que su pueblo sufriera más.

—Iré yo, —dijo con voz firme, mientras las lágrimas le brillaban en los ojos.

Con un traje blanco como la nieve, la princesa se marchó hacia la cueva del dragón. El camino era largo y sombrío, y el viento silbaba entre los árboles como si llorara por ella. Cuando llegó a la cueva, el dragón salió arrastrándose, abriendo la boca llena de dientes afilados. La princesa cerró los ojos, esperando lo peor…

De repente…

¡Un ruido de cascos llenó el aire! La princesa abrió los ojos y vio a un caballero sobre un caballo blanco, con una armadura que brillaba bajo el sol. ¡Era San Jorge!

—¡No tengas miedo, princesa! —gritó él, blandiendo una larga y dorada lanza.

El dragón, enfurecido, rugió y lanzó una lengua de fuego hacia San Jorge. Pero el caballero esquivó el ataque con agilidad. El dragón atacó otra vez, pero San Jorge saltó y, con toda su fuerza… ¡Paf! Le clavó la lanza en el corazón del dragón.

Cuando el dragón cayó al suelo, algo maravilloso ocurrió: de su corazón nació un rosal rojo, con las rosas más bonitas que nadie había visto nunca. San Jorge recogió una y la ofreció a la princesa.

—Esta rosa es un símbolo de coraje y de amor, —dijo con una sonrisa.

La princesa y San Jorge regresaron al pueblo juntos, donde todo el mundo los recibió con alegría. Y desde ese día, cada 23 de abril, en Catalunya se recuerda esta historia regalando rosas y libros.

Y he aquí por qué:

- La rosa representa la que nació del dragón.
- El libro recuerda que San Jorge es el patrón de los lectores y de la sabiduría.

Y así, cada año, las calles se llenan de colores, historias y amor, gracias a un caballero valiente y un pueblo que creyó en la magia.